

LA UNIVERSIDAD COMO PROMOTORA DEL DESARROLLO SOCIAL

Panel en la Asamblea ANUIES 2018

Profesor Antonio Argandoña

Puebla, 10 de abril de 2018

Muchas gracias por la invitación a participar en este panel; me siento muy honrado por su atención y por la compañía de mis prestigiosos colegas. El tema elegido, “La Universidad como promotora del desarrollo social”, me brinda la oportunidad de reflexionar sobre la función social de esta institución, algo que a menudo damos por sabido, pero que debería ocupar un lugar más importante en nuestras agendas.

El propósito de mi intervención es presentar un marco conceptual para esa reflexión. Me detendré primero en algunos caracteres de nuestras sociedades, que son el ámbito en que las Universidades operan. Ahí es donde se presenta la diversidad, el dinamismo y los retos y oportunidades, pero también la complejidad, que puede acabar en dispersión y confusión. De ahí que me proponga sugerir un elemento unificador de nuestras tareas, que les dé sentido y permita armonizar el trabajo de todos los que formamos parte de la Universidad.

Mi propuesta es que ese común denominador, ese motor y guía, sea la persona, la centralidad de la persona. No pretendo que todos ustedes estén de acuerdo conmigo: la Universidad es, sobre todo, un gran escaparate de ideas para el análisis y la discusión y también de discrepancia, pero esto es algo necesario si pretendemos buscar la verdad y cambiar la sociedad. Elaboraré mi propuesta apoyándome en una sencilla teoría de la acción humana, que puede ayudarnos a entender la función y la responsabilidad social de la Universidad, en diálogo con la sociedad y con los otros grandes actores sociales como la familia, la escuela, la empresa y las administraciones públicas.

Empiezo, pues, con la sociedad, porque la Universidad forma parte de ella, vive de ella y se debe a ella. Y no podemos entender la responsabilidad de la Universidad si no tenemos en cuenta los problemas y las crisis que se presentan en nuestras sociedades: para algunos, crisis de crecimiento y madurez; para otros, de decadencia. En todo caso, me parece que no tenemos derecho a ser pesimistas: la coyuntura en que vivimos es la mejor, porque es la nuestra, y si algo no nos gusta es nuestro deber tratar de cambiarlo. Y entiendo que esto es lo que les congrega a ustedes hoy en este lugar.

Los problemas de nuestras sociedades, emergentes o desarrolladas, ricas o pobres, los conocen ustedes muy bien; solo mencionaré algunos, a partir, sobre todo, de mi experiencia española y europea. El desempleo es la puerta de la pobreza. La pobreza está detrás de las carencias de salud y desarrollo cognitivo y emocional de los niños, que se traducirá más tarde en fracaso escolar, en dificultades para encontrar empleo y en la formación de familias desestructuradas, de modo que los problemas no resueltos hoy se repetirán en el futuro, aunque en cada época presentarán caracteres propios. En muchos países, la escalera social no funciona con eficiencia.

La tecnología es una promesa, mejor aún, una realidad maravillosa, pero es también una amenaza, por ejemplo, para el empleo. La globalización ha sido la esperanza de miles de millones de personas, que han encontrado en ella, ¡por fin!, una oportunidad para prosperar; pero en algunos países ya se están adoptando políticas comerciales o migratorias que nos hacen regresar al conflicto, la desesperanza y el fantasma de la guerra. La desigualdad de riqueza y renta, pero sobre todo de oportunidades, provoca conflictos sociales y políticos. En la comunidad autónoma en la que vivo, Cataluña, muchos ciudadanos están enfrentados entre sí, adoptan posturas irreconciliables y tratan de acabar con el contrario... sin querer darse cuenta de que mañana tendrán que seguir conviviendo con él.

Los problemas de nuestras sociedades son problemas complejos, en los que se cumple el dicho de Henry-Louis Mencken: “para todo problema humano hay siempre una solución fácil, clara, plausible... y equivocada”. Y la Universidad es el lugar en que esos problemas deben ser objeto de análisis, discusión y solución. Pero no siempre estamos a la altura de los retos, quizás porque cada disciplina hace frente a estos problemas con su lenguaje, sus métodos y sus supuestos básicos, que se convierten en barreras para la conversación constructiva. Además, los que tienen que diseñar y ejecutar las correcciones que proponemos no quieren escucharnos; “es su culpa”, decimos, pero también la nuestra, porque a menudo somos partidistas o narcisistas, trabajamos en silos o no queremos ir más allá de la realidad que aparece en las bases de datos que manejamos en nuestros artículos.

¿Y qué decir de los ciudadanos de esas sociedades? Son –somos– individualistas, subjetivistas, emotivistas, utilitaristas y buscamos la gratificación inmediata. Las nuevas generaciones han desarrollado un valioso sentido de responsabilidad en temas medioambientales o sociales, pero rechazan el compromiso, polarizan su activismo en algunos ámbitos y se desentienden de otros, también importantes. No conozco la realidad

de México, pero puedo afirmar que ese es el ambiente en muchos países llamados desarrollados, que son los que marcan el rumbo ideológico, moral y político del mundo.

Y ese es el entorno en el que se mueven nuestras Universidades. A menudo vemos cómo se deteriora el diálogo, la reflexión y la crítica, y se adopta el conformismo de lo políticamente correcto, quizás porque, en el fondo, tememos que la mera aceptación de la posibilidad de debatir ponga de manifiesto la debilidad de nuestras convicciones. Vemos lo que pasa en las democracias, cuando el juego de mayorías y minorías deriva en soluciones autoritarias. Y nos preguntamos si es posible ayudar a reflexionar a nuestros estudiantes sobre lo que es bueno o malo, justo o injusto, en un entorno en el que los criterios morales se guían por la banalidad emocional del “me gusta” de las redes sociales.

Estos son algunos de los grandes problemas a los que nuestras Universidades se enfrentan cada día, y que dificultan nuestros esfuerzos para reafirmar –y, en ocasiones, para recuperar– su función social: crear y difundir el conocimiento, buscar la verdad, formar buenos profesionales y, sobre todo, personas cabales, capaces de asumir sus responsabilidades en los asuntos públicos y privados, e iluminar la cultura de las naciones.

Me dirán ustedes que ya estamos cumpliendo esa misión, y que no necesitamos nuevas reflexiones. En efecto, nuestras aulas y centros de investigación continúan alentando los avances de las ciencias y los desarrollos de la técnica, las promesas de una humanidad más madura, responsable y dueña de su destino, y la esperanza de un mundo feliz para todos. Pero esto se quedará en un optimismo ingenuo, si no somos capaces de comprender la profundidad de los retos que nos asaltan. Por eso afirmé antes que nuestros diagnósticos están amenazados por la dispersión y la confusión, y que la búsqueda de soluciones lleva a menudo al enfrentamiento. Por eso me permito sugerir que debemos encontrar un fundamento compartido, sobre el que edifiquemos nuestra tarea común.

Para encontrarlo, detengámonos por un momento en qué es la Universidad: una comunidad de personas que persiguen un propósito compartido, que todos desean, aunque sea por razones muy distintas, y que solo se puede conseguir si trabajan todos juntos, bajo una dirección, que es la parte que corresponde a ustedes en esa tarea.

De ahí se deriva la misión externa de la Universidad: la definición de qué necesidades de qué personas va a intentar satisfacer. Desde hace siglos, son muchas las propuestas que se han hecho acerca de esa misión. Pero cada Universidad debe encontrar la suya, la que le distingue de las demás. Y esto debe hacerlo en diálogo con su entorno, porque las instituciones de educación superior forman parte de una cadena que empieza en la familia, sigue en la escuela, llega a nuestras aulas y vuelve luego a la sociedad, al

mercado de trabajo, a la política, a la cultura..., y a las nuevas generaciones, que deberán redescubrir cuál para ellas es aquella función de la Universidad.

Tenemos una misión externa, decía, y de ella se deriva una misión interna: la de atender las necesidades de las personas que trabajan en la Universidad para hacer posible aquella misión externa: los profesores y el personal no docente, los estudiantes, que son colaboradores activos y también otras instituciones, sociales, económicas, políticas, culturales y religiosas, que son a menudo el objeto de nuestra investigación y las receptoras de nuestros impactos en la sociedad.

Esto sugiere actitudes de apertura, participación, implicación, compromiso, responsabilidad... amistad, camaradería, humildad... que no excluye el sano orgullo de estar llevando a cabo entre todos una tarea de gran relevancia social.

Si la Universidad es, pues, una comunidad de personas al servicio de otras personas, el centro de sus actividades ha de ser la persona humana, con sus potencialidades y limitaciones, y muy especialmente con su dignidad, que en nuestra casa debe ser algo exquisitamente cuidado.

¿Qué personas? Primero, las que estamos dentro, porque somos nosotros los que debemos llevar a cabo esa tarea, cada uno en su lugar: en el despacho rectoral y en el de administración, en el laboratorio, en el aula o en el centro de divulgación. Y las personas de fuera, que –ya lo he dicho– son como los “socios”, a veces involuntarios, de nuestro “negocio”. La responsabilidad social de la Universidad se extiende a todos los que viven en nuestro entorno, a otros que están quizás muy lejos, y también a los que vendrán dentro de muchos años.

“Te ha quedado un párrafo muy bonito”, me dirá alguno de ustedes. Gracias, pero yo querría que fuese algo más. La centralidad de la persona no es una proclama, ni un eslogan, ni un sentimiento. Reflexionemos sobre lo que hacemos como profesores, administrativos o alumnos: tomamos decisiones, cada uno las suyas, y las ponemos en práctica, de manera coordinada y compartida. La teoría de la acción nos dice que lo que motiva a esos agentes son unos resultados esperados, que pueden ser extrínsecos (remuneración, carrera, reconocimiento), intrínsecos (satisfacciones, conocimientos y capacidades) y pro-sociales (algo que es bueno para otros: nuestros estudiantes, nuestros colegas, la sociedad en general). Cada uno tiene sus motivos, y no renuncia a ellos, pero todos tienen que sacar adelante el propósito que comparten. Esa acción colectiva y compartida es lo que lleva a cabo la institución.

A primera vista, la Universidad es una “máquina” de obtener resultados –y perdón por la palabra máquina, porque no es correcta: es una comunidad humana. Pero el concepto de “resultado” va más allá de la lección impartida o del artículo publicado, porque esos resultados, y sobre todo los motivos que nos mueven, dejan sus impactos en cada uno de nosotros y en los demás. Esa comunidad de personas que llamamos Universidad produce conocimientos, desarrolla capacidades, modifica actitudes, genera valores y virtudes. Esto lo hacemos todos, todos los días, quizás sin darnos cuenta: el saludo cuando nos cruzamos con un alumno, o la conversación informal con un colega al lado de la máquina de café, dejan huellas en nosotros y en los demás.

Me dirán ustedes que esto vale para otras muchas instituciones: la familia y la escuela, la empresa y el club deportivo, el parlamento y el hospital. Es verdad. Pero la Universidad es el lugar privilegiado para conseguir aquellos resultados que antes he mencionado. Todos damos y recibimos, insisto, conocimientos, habilidades, capacidades, actitudes y virtudes. O vicios. Todos, profesores y alumnos, aprendemos cada día. Enseñamos a enseñar, a dirigir, a pensar, a ser buenos ciudadanos, buenos profesionales y buenas personas... Y, al mismo tiempo, nos enseñamos a nosotros mismos todo eso, o lo aprendemos de los colegas, de los alumnos y de todo el personal.

Si la Universidad no cumple su función social y no asume su responsabilidad, la sociedad quedará incompleta, lesionada. Es verdad que una Universidad que dé la espalda a la persona puede funcionar con eficiencia y resultados satisfactorios durante años, impulsada por los avances de la técnica y de la ciencia o por los resultados de progreso material. Pero tarde o temprano, si las personas no desarrollan su calidad humana y moral, el deterioro llegará. Y entonces necesitaremos rebobinar nuestras vidas y ver qué ha fallado, que es el ejercicio que les propongo hacer ahora. Las preguntas sobre la función y la responsabilidad social de la Universidad siguen ahí, esperando nuestras respuestas. Las que dieron nuestros antepasados no nos sirven: hemos de dar las nuestras.

Permítanme que insista sobre la centralidad de la persona. Esta es clara cuando nos fijamos en la función docente, en la proyección de la Universidad en la sociedad o en las tareas internas, lo que en el mundo de los negocios se llama el *back office*, que no se ve, pero cuyo papel es importantísimo. Y ha de estar presente en la tarea investigadora, aunque esta parezca a veces muy alejada de los contenidos humanistas, porque también los experimentos químicos o los modelos matemáticos deben estar también al servicio de la persona: del equipo investigador, del futuro alumno, al que llegarán esos nuevos

conocimientos, de los que se beneficiarán de ellos en los centros de investigación o en las empresas.

Y la centralidad de la persona es relevante también cuando nos relacionamos con los colegas de otras disciplinas porque, como ya he dicho antes, nuestra tarea en la Universidad debe tener una dimensión interdisciplinar, al menos como objetivo a largo plazo. Y esto empieza con un ejercicio de humildad: el mundo, la humanidad, las organizaciones y las personas son entes tan ricos y variados que yo no puedo saberlo todo; necesito los conocimientos, las sugerencias y las críticas de mis colegas, así como la diversidad de enfoques, hipótesis y objetivos de las otras disciplinas. Haremos una gran aportación al bien común si trabajamos de modo abierto y cooperativo.

Me parece oír a alguno de ustedes que me dice: “¡Ajá! Por fin has hablado del bien común, que había quedado olvidado en toda tu exposición”. No es así: no he hablado de otra cosa. ¿Qué hacemos los profesores, los alumnos y nuestros colaboradores? Aportamos “bienes” en sentido amplio, económicos o no: financiación, instalaciones y servicios, horas de trabajo, conocimientos, capital humano... y virtudes, y sonrisas, y mucho amor, aunque no nos demos cuenta. Y generamos otros “bienes”: horas de clase, conocimientos compartidos, más sonrisas, consejos, virtudes, reconocimiento, prestigio... Bienes privados, cuyo consumo es excluyente, y muchos “bienes” comunes, que no podemos producir nosotros solos, y que tampoco podemos consumir nosotros solos, porque son bienes para compartir: el café de media mañana es para mí solo, pero el rato de camaradería alrededor de la máquina de café lo producimos entre todos, todos salimos ganando algo, y nadie lleva la cuenta de lo que da y lo que recibe.

Las personas somos seres relacionales, que nos conocemos y nos desarrollamos cuando nos relacionamos con los demás. La Universidad es una tupida red de relaciones que nos enriquecen, también cuando cerramos la puerta y nos aislamos en nuestro cubículo, porque estamos trabajando con y para los demás. La centralidad de la persona es también la centralidad de las relaciones, la centralidad de la misión que nos lleva a trabajar con y para los demás y la centralidad del bien común: del de la Universidad, primero, pero también del de las familias, las empresas, las escuelas, las entidades deportivas, los partidos políticos, las generaciones futuras y toda la sociedad.

Es hora de concluir. ¿Qué he propuesto, como guía para su reflexión? Una pauta basada en la centralidad de la persona. Pero eso no es todo. La Universidad es una institución compleja, dinámica, siempre cambiante, porque recoge la riqueza y variedad de las personas, que no caben en moldes predeterminados. Por eso algunos de ustedes

están gobernando Universidades de fundamentación humanista; otros, de inspiración religiosa; otros, que promueven la ética, especialmente la ética de las virtudes; otros, que se apoyan en el amor, en la solidaridad, en la lógica del don, en el bien común, en valores religiosos... Otras instituciones tendrán un talante más predominantemente científico o técnico, pero esto no tiene por qué empequeñecer su dimensión humana. Todas ellas pueden basarse en la centralidad de la persona, aunque se definan de manera distinta y difieran en algunos aspectos, que pueden ser significativos, porque definen su identidad. Al final, cada Universidad debe elegir su propósito y su misión, y ser fiel a ellos. Enhorabuena a Anuies por su tarea, felicidades a ustedes porque tienen entre manos una labor importantísima y una alta responsabilidad, y muchas gracias por su atención.